



NÚMERO 26

ABRIL 2018

BUENOS AIRES

ISSN 1669-9092

**EVALUACIÓN DE ALGUNAS PROPUESTAS
CONSIDERADAS COMO DE ÉTICA CONTEMPORÁNEA¹**

Juan Granado Valdéz

Resumen

La ética es un asunto que interesa a todos. En nuestro tiempo, el de los siglos XX y XXI, y desde antes, se han dado y sucedido algunas propuestas, muchas de ellas a la base de las más recientes, llamadas posmodernas. Cómo comportarnos sigue siendo una pregunta de diario. Del saber de la ética no se puede prescindir. En este

¹ Licenciado en Filosofía y Maestro en Arte contemporáneo y sociedad, por la Universidad Autónoma de Querétaro. Doctor en Artes por la Universidad de Guanajuato. Coordinador del Doctorado en Artes de la Facultad de Bellas de la UAQ. Colaborador de dos cuerpos académicos, uno en filosofía y otro en artes. Docente de las licenciaturas en Artes Visuales y Docencia del Arte de la FBA de la UAQ. Docente en las Maestrías en Arte contemporáneo y cultura visual y Creación educativa de la UAQ. Docente del Doctorado en Artes. Conferencista, ponente en coloquios, simposios y congresos de filosofía y artes. Publicaciones en los mismos temas, tanto de artículos arbitrados como de capítulos de libros.

trabajo, pues, pasaré revista a algunas propuestas consideradas como de ética contemporánea (Wittgenstein, Marx, Nietzsche, Freud, Sartre, Habermas, Apel) con el propósito de evaluar y quizás objetar algunas de sus tesis. Como no puedo desentenderme o dejar de estar involucrado con lo que me concierne, a saber, cómo ser o cómo comportarme o cómo fundar mis acciones, este escrito está redactado en primera persona. Destaco que se trata de un ensayo y por eso, también, la expresión de un desencanto personal.

Palabras clave: Ética, moral, consideración

Abstract

Ethics is an issue that interests everyone. In our time, that of the twentieth and twenty-first centuries, and since before, some proposals have been made and succeeded, many of them based on the most recent, called postmodern. How to behave is still a daily question. The knowledge of ethics cannot be dispensed with. In this paper, then, I will review some proposals considered as contemporary ethics (Wittgenstein, Marx, Nietzsche, Freud, Sartre, Habermas, Apel) with the purpose of evaluating and perhaps objecting to some of their theses. As I cannot ignore or stop being involved with what concerns me, namely, how to be or how to behave or how to found my actions, this writing is written in the first person. I emphasize that it is an essay and therefore, also, the expression of a personal disenchantment.

Key Words: Ethics, moral, consideration.

Introducción

Pretender hacer una evaluación y escribir sobre los alcances y los límites de la reflexión ética encierra, de antemano, unas cuantas paradojas. En primer lugar, dicha reflexión consistiría en la reflexión ética de la ética. Cosa harto engañosa en la medida que haría pensar que se llevaría a cabo una meta-ética; es decir, que se haría una reflexión desde ciertos parámetros generales, y esto tiene que tomarse por supuesto, de-sobre ciertos parámetros éticos particulares o de ciertas éticas singulares, que como puede verse implicaría, de mi parte, tener conocimiento de todas las corrientes éticas que desde antaño pululan en el ambiente, lo que es imposible o improbable. Por otro lado, también pudiese hacer pensar que mi postura es una impostura, pues, y esto resulta más paradójico, no puedo sino estar de acuerdo con esta ética en particular, o moral, y no con todas. El principio de objetividad exigido en la ciencia se vuelve inaplicable desde que el ser humano, cada uno en cada caso, valora desde su circunstancia propia. Lo que no indica que nada, en lo que respecta a la valoración, se tenga en común. De alguna u otra forma

todos somos seres humanos, y estamos, queramos o no, en este mundo de proporciones inconmensurables y formas laberínticas. En segundo lugar, pensar desde la ética en sus límites y alcances, supone que suponemos *a priori* que tiene límites y alcances, lo que, me parece, no podemos suponer sin antes haber reflexionado general y particularmente sobre la ética y su pertinencia. Aunque esto puede bien a bien ponerse en entredicho suponiendo que no podemos habérmolas en este mundo sin ética o moral, sin embargo, no podemos sino tener en cuenta que todo acercamiento presupone cierto conocimiento de aquello a lo que se allegará, ciertos prejuicios o cierta tradición y ciertas influencias, no ya de antaño que entrarían en el rubro anterior, sino las propias del momento en el que se estudia. En tercer lugar, cosa que se desprende de lo anterior y ya para cerrar estas consideraciones paradójicas que bien pueden extenderse ilimitadamente, la reflexión que se haga en este ensayo, que no puede sino ser eso, sobre todo teniendo en cuenta que cualquier otra pretensión, se hará desde mí, mi circunstancia y mi tradición. Esto no quiere decir, y lo niego rotundamente, que esta reflexión sea irreflexiva o irracional, aunque sí influida por ciertos autores y no por otros. ¡Y he aquí que he encontrado el primer límite, y por ende el primer alcance, no ya de la ética, sino de mi reflexión sobre ella! En la medida en que mencionaré únicamente a estos y no a aquellos autores, mis elucubraciones quedan demarcadas y definidas por ellos; las posibles puertas que los otros no tenidos en cuenta pudiesen abrir me son vedadas. Y esto, si bien no ha querido ser el apunte de otra paradoja, lo ha sido. Pero demos paso ya a la exposición.

Hace un par de años me sentía atraído por esta rama de la filosofía, pues, según veía en ese entonces, las relaciones humanas, complejas y laberínticas, no podían dejarse de lado: ¡en ellas radica, en su mayoría, pensaba, las respuestas a todas esas incógnitas que la filosofía viene planteándose desde antaño! Lo curioso, y me veo forzado a decirlo, pues no puedo sino ser sincero, es que esa preocupación menguó con el paso del tiempo o con lo que vine a aprender después. En estos momentos, con todo y que he avanzado un tramo más, si bien no sé cuál es la longitud de lo recorrido, comparado con el anterior, me sería harto difícil definir qué sea eso de ética. Y he aquí otra paradoja de reflexionar éticamente sobre la ética, que bien pudo ser la primera que debí apuntar: saber qué es eso que

ahora me ocupa; paradoja sólo mía, quizás, pero que ya me pone en el camino de la reflexión o del pensar y de la investigación. Líneas ha mencionado la necesidad de tener de antemano un acercamiento, una idea, a eso que queremos acercarnos, verla, aunque sea, a lo lejos para poder invadirla. Y este ver a lo lejos parece señalarme no el camino recto de la definición afirmativa, conocimiento positivo expresado en una proposición, sino el camino en espiral, por el que descenderemos-nos acercaremos al centro, sabiendo qué no es. ¡He aquí el primer límite de la ética! En la medida en que es posible determinar qué no es, pues lo contrario implicaría que carece de límites y que sus alcances son imprecisos, estamos ya, aunque esto de por sí sea una perogrullada, que a mi parecer no podíamos suponer como una evidencia, apuntando que sus murallas apenas y encierran una parte del orbe todo en el que estamos sumergidos.

Si bien son primero los filósofos de la sospecha² –Marx, Nietzsche y Freud– y después los analíticos, fenomenólogos y existencialistas –Wittgenstein, Heidegger y Sartre– mi propósito de evaluar, en este ensayo, algunas propuestas consideradas como de ética contemporánea es comenzar por el autor de la *Conferencia sobre ética*, pues es, según creo, mucho menos escabrosa la distinción entre ética y ciencia que la que hay entre ética y moral, asunto que el resto de los filósofos consideraron de alguna u otra forma.

Desarrollo

Wittgenstein parte, en su *Conferencia*, de una definición de Moore: “La ética es la investigación general sobre lo bueno”³, dice, es decir, sobre lo valioso, sobre lo que realmente importa, asimismo, sobre el significado de la vida o de aquello que hace que la vida merezca vivirse o de la manera correcta de vivir. Si ponemos atención a la palabra bueno como nos pide el autor vienes, podremos percatarnos que dicha palabra tiene dos sentidos de lo más opuestos. Por un lado se nos

² Bautizados así por Paul Ricoeur sobretodo por la oposición manifiesta que tuvieron a la doctrina práctica formalista de Kant y la influencia, que también oposición, de la filosofía de Hegel.

³ L. Wittgenstein, *Conferencia sobre ética* ((Trad. Fina Birulés), Paidós, Barcelona,1997), p. 37.

manifiesta en un sentido absoluto y por otro en un sentido relativo o acorde a una situación de utilidad de un objeto en la medida en que satisface un estándar predeterminado. Así es que toda proposición, o todo enunciado, que contenga la palabra bueno será un juicio de valor, una valoración. Aunque uno sea absoluto y otro relativo. Según nuestro autor no podemos aceptar el primer sentido a que nos llama la palabra, primero, y el juicio, después, en la medida en que, en primer lugar, toda proposición describe un hecho particular; en segundo lugar, las palabras quedan restringidas, sujetas, en su pobreza, al mero apunte de hecho naturales, en tanto que como contenedores jamás podrían soportar algo sobrenatural, cosa que la ética intenta hacer; y en tercer lugar, y como apuntará también Ciorán, las palabras son neutras, el hombre, el pensamiento de este, las anima. Si el bien absoluto, sigue apuntando nuestro autor, fuese un estado de cosas describable, tendría que ser objetivo y de todos para todos, lo cual no sucede. Por lo que, concluye Wittgenstein, tanto la ética como la religión hacen mal uso del lenguaje, atentan contra él, en la medida en que lo usan figurativamente. Toda expresión figurada puede expresar el hecho, en la medida en que todo símil es símil de algo, toda metáfora es metáfora de algo real, sin su ayuda, lo cual no sucede. Con lo que el sentido absoluto de la palabra bueno se torna un sinsentido, un absurdo. Es decir, con todo y que la ética tenga una labor que debe ser respetada, jamás ridiculizada, nos dice al final de su *Conferencia*, jamás podrá ser ciencia en la medida en que intenta ir más allá del mundo, un mundo de hechos particulares (¿aislados?) expresables en proposiciones igualmente particulares y neutras. La ciencia, dicho de otra forma, se restringe a la explicación del mundo, en la medida en que toda proposición sería conocimiento.

Hay dos consideraciones que quiero apuntar antes de dejar este asunto que ya es bastante revelador, pues nos ha puesto de manifiesto que la ética en manera alguna puede ser, ni siquiera aspirar a ser, una ciencia o parte de la ciencia. En primer lugar, no entiendo cómo puede darse el salto de esta postura de Wittgenstein, postura analítica, a una ética contextualista. Me parece más bien que podría concluirse la inexistencia de la ética, en caso extremo, o el sinsentido de la misma, considerando lo dicho. Esto último nos es claro si nos atenemos al supuesto de que nada hay fuera de este mundo, y lo que hay son hechos aislados, y la ética

cuando enjuicia lo hace suponiendo algo fuera del mundo para poder hacerlo. La pregunta es, aunque el filósofo vienés no se haya atrevido a decirlo, ¿para qué ética? Una posible objeción a esto puede ser la siguiente: una de las premisas puestas para demostrar que la ética no es ciencia dice que es el hombre el que anima las palabras, es él el que enjuicia, valora los hechos; de él parten los juicios de valor en la medida en que se ve necesitado de relacionarse con otros iguales a él, y no de un mundo suprasensible como se puede suponer (aunque ese más bien puede ser su fuero interno). Con esto caemos en la ley o en la moral, y no en la ética. Vuelvo al asunto del contextualismo. Si sólo hay hechos aislados todo juicio de valor queda de lado. Es decir, por más que se junten y sumen los hechos, no tenemos derecho, en la medida en que es un atentado contra la naturalidad del lenguaje, hacer un juicio cualquiera sobre lo acaecido o la suma de lo acaecido. Si no asumimos esto, y seguimos pensando que la ética tiene algo que decir al respecto, sólo podemos concluir con Wittgenstein que no es ciencia. La otra consideración que quería traer a cuento es la siguiente: nuestro autor ejemplifica para determinar, según creo, la omnipotencia explicativa de la ciencia. Si un hombre sufre la transformación de su cabeza por una cabeza de león, no podremos sino asombrarnos y considerar eso un milagro, al menos hasta que se encuentre una explicación científica. Pero, he aquí mi objeción, ¿de qué privilegios goza la explicación científica cuando también puede explicarse de otra forma?; es decir, nada nos impide pensar que la explicación religiosa sea más acertada, en la medida en que la ciencia misma se echa la soga al cuello cuando tacha de erróneas esas explicaciones; es decir, nada nos impide pensar que las explicaciones de hoy sean en un futuro alucinaciones, mito o errores. A esto le sumo el siguiente supuesto: nuestro lenguaje es de antemano metafísico, y no necesariamente porque contenga el verbo ser, sino porque, como bien lo apunto en su momento Aristóteles, no nos es posible con las palabras hacer otra cosa que apuntar; dicho de otra forma, las palabras nunca alcanzarán a tocar, y mucho menos a contener, de manera concreta, el objeto que nombran: decir silla implica decir todas las sillas y ninguna.

Pero pasemos a las siguientes consideraciones teniendo en cuenta que la ética no es ciencia, por más que podamos decir lo contrario, la ciencia no es ética, lo que invertiría nuestra valoración del asunto, paradoja que nos pone en la pista

de los alcances de la ética. Lo siguiente a tratar es la diferencia entre ética y moral. Para ello comenzaré por decir que de los cinco autores mencionados líneas ha, sólo Heidegger menciona-dice ética; los otros, ambas referidas a un texto de cada uno de los autores, no hacen alusión a ella, y sí a la moral. Comenzaré con Marx.

Karl Marx, en sus *Manuscritos de economía y filosofía*⁴ pretende, haciendo uso de lo que aprendió de Hegel, determinar cómo a lo largo de la historia los hombres han puesto entre unos y otros barreras que bien podríamos decir que son barreras de clase. Mientras que para unos es dado gobernar y tener a su cargo los medios de producción, a otros no les queda otra opción que sujetarse a esos que ostentan el poder, que no por ello sapientes de lo que en el mundo sucede o del esfuerzo que requiere el trabajo, y por tanto inconscientes de la enajenación en que viven los trabajadores, que para la época del ahora nuestro autor eran los obreros, la clase proletaria. En este punto aparece bastante bien la postura de Marx con respecto a la Moral. La clase dominante, en este caso la burguesía, para justificar-legitimar su dominio se ha hecho de una ideología capaz de cegarle, como recién se decía, la realidad. Esta ideología se diversifica en una religión, en una moral, en una filosofía, en un arte. Lo que nos interesa en este punto es la moral, que bien puede ser la síntesis de los otros elementos, puede ser la ideología misma. Y como tal moral no puede sino ser falsa en tanto que es relativa, transitoria y perteneciente a un modo de producción específico. Frente a esto se nos pone de manifiesto que la propuesta marxiana pretende devolverle al trabajo su carácter de posibilidad de realización de la persona a la vez que produce los medios de subsistencia necesarios y proporciona al ser humano una forma de recrearse. Lo que no sucede en una sociedad en la que la mayoría de la gente no sabe bien a bien por qué trabaja, al extrañarse de sí, del mundo, de todo. Y la única forma de devolverle al trabajo su dignidad es la emancipación, emancipación que apunta a un mundo en el que todos los seres humanos puedan realizarse en sus actividades, teniendo total dominio de la Naturaleza y qué sé yo qué más. Entre otros beneficios podemos apuntar la distribución igualitaria y el despliegue de las capacidades humanas dignamente. No obstante, y digo no obstante apuntando una

⁴ Cfr. Karl Marx, *Manuscritos de economía y Filosofía* ((Trad. Francisco Rubio Llorente), Alianza, Madrid, 2001).

circunstancia adversa o, más bien, una idea adversa, esta postura no carece de puntos débiles.

Lo primero que podemos apuntar en estas objeciones a Marx, es que siempre ha sido así, la historia nos lo muestra con toda claridad. Si bien la propuesta de Marx conduce a la emancipación de los obreros y la llegada a un mundo en el que se repartan los beneficios equitativamente, no podemos sino pensar que sucederá lo mismo que ha sucedido hasta ahora. Vaya, no necesitamos tener en cuenta el socialismo real para concluir lo que él nos obligó a concluir. El modo de producción cambiará, pero no por ello la estructura *estamentaria*. Tanto Hegel como Nietzsche pueden auxiliarnos en este punto. El despliegue del espíritu requirió de la lucha a muerte entre dos autoconciencias y la posterior supremacía de una sobre otra. He aquí que la historia dio comienzo. Nietzsche apunta, y como más adelante veremos que, sin la oposición de la raza resentida a la aristocracia del momento, la puesta en escena de los distintos valores supremos no se habría dado. Cosa que se repetirá por lo menos hasta que el ser humano deje de pisar este mundo. La propuesta “ética” de un mundo mejor en el que todos y cada uno de los hombres tenga lo suficiente para su autorrealización, por otro lado, dista mucho de ser un objetivo alcanzable. La realización de la utopía de Moro por Vasco de Quiroga en Michoacán parece mostrarnos esto. Es decir, como sueño está muy bien, pero como realidad se topa con todo un mundo contingente en toda la extensión de la expresión. El fraile español tuvo que lidiar no sólo con el terreno y la gente de Patzcuaro, sino, también con los caprichos de los españoles. Por último, quisiera apuntar que la propuesta, asumiendo una de sus declaraciones como primera premisa, de Marx puede ser calificada de falsa. En primer lugar, si toda ideología es falsa, toda moral lo es en la medida en que son lo mismo, por lo que ya veíamos. Pero no podemos sino percatarnos que lo hecho por Marx no es otra cosa que una interpretación de la historia, y que, como apuntará Nietzsche en su *Voluntad de Poder*, no hay hechos sino interpretaciones, y que toda interpretación se hace desde una moral, no podemos sino concluir que Marx interpretó desde una moral específica y que su interpretación, su teoría, es una ideología. Y según quedamos toda moral es ideología, y toda ideología es falsa, por lo tanto, la teoría de Marx es falsa. Para Juan Nuño, el marxismo no puede ser otra cosa que una

herejía cristiana, con sus respectivas diferencias, por supuesto, si no, no sería herejía⁵. ¿Qué otra cosa propone el marxismo sino un mundo mejor en el que la igualdad prime? ¿Qué otra cosa hace el cristianismo sino esto? Quede esto y pasemos ahora sí a la última consideración con respecto a Marx, consideración que se ha venido apuntando ya. Marx al criticar la moral lo hace, según he demostrado, desde una moral. Por nuestra parte pudiésemos decir o hablar de una ética en Marx, aunque él no la tenga, con el propósito de salvarle de la crítica, como si la ética fuese algo así como una entidad general de proposiciones y enunciados generales que en manera alguna se comprometen con el mundo, lo que como puede verse deja mal parado, de nuevo, a nuestro autor alemán y de paso a la ética misma. Lo que quiero decir, en resumidas cuentas, es que la primacía de la moral no puede ser deshecha así como así. Pero continuemos con este recorrido que ya se está haciendo extenuante. Quien viene ahora es Nietzsche.

La obra de este filósofo apunta como muchos otros lo han hecho a una apuesta por la vida, rememorando la radicalidad trágica de los griegos, radicalidad expuesta por esa relación hoy en día tan pisoteada por los teóricos nietzscheanos entre Dionisos y Apolo⁶. En la *Genealogía de la moral*⁷ se trata de llevar a cabo un estudio que responda a la pregunta de cómo se dio, cómo apareció la moral. Lo primero que se nos revela, es que su origen se debe a la valoración, valoración que ya veíamos con Wittgenstein en el orden de este trabajo, que llevaron a cabo esa raza de guerreros aristócratas bajo los cuales estaban todos aquellos que no podía ni siquiera obedecerse a sí mismos. La historia, si damos el salto pertinente, nos muestra que otra raza, harta y resentida, la raza de sacerdotes y mistagogos, no soportaron mucho tiempo esta situación de tal forma que inventaron, retomando la valoración de los anteriores, un mundo ajeno al de aquí y poniéndolo bajo el cuidado de aquél. Es decir, se nos muestra cómo la inconformidad, la lucha que ya

⁵ Cfr. Juan Nuño, *Los mitos filosóficos. Exposición atemporal de la filosofía* (FCA, México, 1985).

⁶ Cfr. F. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia* ((Trad. Eduardo Knorr), Edaf, Madrid, 2003).

⁷ Cfr. F. Nietzsche, *Genealogía de la moral* ((Trad. Andrés Sánchez Pascual), Alianza, Madrid, 2002).

con Hegel se apuntaba, es el origen de la historia y la civilización. Si bien Nietzsche intenta derrumbar el cristianismo como la más alta expresión del resentimiento y el debilitamiento del hombre en la medida en que provocó una escisión de voluntades, nuestro autor no puede sino reconocer que sus predecesores, los judíos son la razón de nuestro estar actual. Estar que no está del todo mal, a menos que nos sea tan pesado soportar la culpa y la mala conciencia. Frente a esto no podemos sino reconocer la pertinencia de la moral en todos los ámbitos, en la medida en que regula las relaciones entre los hombres. Regulación, si se quiere, que bien puede ser mejor y menos problemática, no obstante, cómo continuar avanzando, cómo seguir poniéndonos metas, cómo seguir queriendo, cuando ya todo está dado. Y esto es lo que critica José Ortega y Gasset de nuestro mundo: el dominio de las masas conformes e incapaces de forzarse imponiéndose metas. No quiero seguir exponiendo este asunto, baste lo dicho sólo para apuntar lo siguiente: Nietzsche en ningún momento habla de ética, en ningún momento pretende establecer, por más que parezca recomendar esto y aquello, una moral, sino, más bien, intenta describir cómo, en su inversión metafísica y en su apuesta a la vida y al sentido de la tierra, el ser humano se caracteriza por la voluntad de poder, no individual, no, sino colectiva, grupal, comunal; y cómo la voluntad de poder, incansable como la vida, seguirá valorando y queriendo, sin que haya forma de dar marcha atrás, aunque repitiendo modelos, si se quiere.

De estas consideraciones podemos desprender bastante bien las propias de Freud⁸. En la distinción y lucha entre Aristócratas y resentidos podemos encontrar cómo el proceso ha dado lugar a un conjunto de sustitutos que han hecho de la vida del hombre un martirio. Si lo propio del ser humano son los instintos o pulsiones violentas y sexuales, la cultura ha venido a opacarlos dejándolos por debajo como lo más bajo, calificándolos de dañinos. Calificación dañina como puede verse en los distintos padecimientos que los psicólogos tratan. Como se ve, aquí está la relación apuntada líneas ha entre Apolo, la razón, y Dionisos, los instintos. Mientras que para Freud la puesta de uno sobre otro, la primacía de la cultura sobre lo natural ha causado, ha hecho de los hombres unos desdichados, les ha provocado cierto

⁸ Cfr: Sigmund Freud, *El malestar en la cultura* ((Trad. Ramón Rey Ardid), Alianza, Alianza, 2003).

malestar, para Nietzsche no pudo ser de otra forma, pues sin esa imposición que en su momento podrá cambiar según los avatares de la voluntad de poder, no hubiese sido posible la historia.

Según creo no sería posible extraer de Freud una postura ética, con todo y que sus descubrimientos sean reveladores. Aunque, según tengo entendido, hoy en día, por más que los psicólogos lo sigan venerando, ya no se le tiene la confianza de antaño, al punto de calificar como erróneas sus teorías. Por otro lado, Nietzsche bien puede servirnos para oponernos a las consideraciones psicoanalíticas. Recordemos que apenas comienza su *Genealogía* el filósofo alemán ataca a Paul Rée, psicólogo inglés, por querer sacar todas las enfermedades de la mente humana. ¿No será esto lo que hace Freud? Al parecer sí y no. Sí en la medida en que no tiene en cuenta la historia, aunque bien no tiene por qué tenerla, cuando analiza a sus pacientes. Y no porque las conclusiones del padre del psicoanálisis, en su texto, parten de las consideraciones históricas y, diría yo, genealógicas inauguradas por el “sacerdote de Dionisos”. La deuda de aquél para con éste es mucha. Si bien la propuesta de Freud ha dado elementos suficientes como para no llevar a cabo un juicio duro como antaño, pues los delitos bien pueden ser cometidos inconscientemente, no podemos sino rechazar esta postura en la medida en que hay una reducción que pone en entre dicho la pertinencia de las normas generales haciéndonos caer en considerar siempre si el delincuente no es un enfermo antes de juzgarlo, y por ende un hombre al que le ha sido arrebatada su libertad. Y si se les priva a todos los hombres de su libertad, si ya no hay libertad, presupuesto básico de la ética, tampoco habría ética. Por otro lado, cosa harto clara en Freud, la cultura, y con ella la historia, es desdeñada, tachada, deplorada. Es decir, y como ya se apuntó, si bien se toma en cuenta el despliegue histórico, no deja de haber un desdén, un desprecio en la medida en que ha sido la cultura la que ha puesto las trabas al hombre para que se desarrolle y sea feliz. René Girard⁹, uno de los pocos filósofos franceses de peso en la actualidad, nos revela, asumiendo que la revelación ya se había dado desde antaño, que lo propio del ser humano, lo que lo distingue de los animales, es el deseo. Es decir, ya no se

⁹ Cfr. René Girard, *Veo caer a satán como el relámpago* (Anagrama, Barcelona, 2002).

habla de instinto, sino de deseo, de voluntad, de querer, de libre arbitrio-decisión. De tal forma que la consecuencia de dejar libre el deseo lleva inevitablemente a la violencia, violencia que viene de la envidia, envidia que viene de poner a un mismo nivel a todos, de ponerse a un mismo nivel. ¿Quién a ojos de psicólogo está sano? Nadie. Todos somos iguales. La propuesta de Girard, que en este punto sigue a Nietzsche que a su vez sigue al cristianismo, da cuenta de la falta de igualdad. Ninguno de nosotros es igual a otro, si no todos mereceríamos tener lo que los que más tienen, lo cual parece ser imposible. Pero demos paso a Jean-Paul Sartre.

No cabe decir mucho de este filósofo francés. Su propuesta tiene como supuestos el desamparo de todos los hombres, el absurdo del mundo y la imperiosa necesidad de hacer uso de la libertad. Como bien sabemos, propuso que la existencia precede a la esencia en el caso del hombre, en la medida en que éste es lo que hace: el ser humano está condenado a ser libre, a optar siempre¹⁰. Pero, ¿quién no está consciente de que esto es así? ¿No es el cristianismo el que primero pone énfasis en la decisión en la medida en que, en cada momento, en cada instante, uno se está jugando la salvación de su alma? Si bien esta crítica no convence a algunos, puedo aducir otra más convincente. Para ello traeré a cuento al autor de *El ser y el tiempo*, Martín Heidegger. Nos dice Heidegger que con todo y que Sartre quiso dar la espalda a la metafísica intentando darle un sentido más o menos nuevo a la palabra humanismo, su fracaso es patente. En primer lugar, porque todo humanismo presupone una idea prefijada de hombre, una antropología, que presupone una metafísica. En la medida en que Sartre propone su doctrina como un humanismo, es un metafísico. Pero bien se puede decir que el argumento está incompleto o carente de bases. Lo asumo y respondo con el mismo filósofo alemán. La expresión de Sartre: la existencia precede a la esencia, es lo mismo que la expresión de Platón: la esencia precede a la existencia. Es decir, la inversión de términos no implica la inversión de significados; o dicho de otra forma, lo que para Sartre es la existencia, para Platón es la esencia y así con la otra parte. He aquí el asunto.

¹⁰ Cfr. Jean-Paul Sartre, *El existencialismo es un humanismo* ((Trad. Manuel Lamana), Losada, Buenos Aires, 2002).

Pero avancemos más. Para el hombre optar entre hacer esto o aquello radica entre optar por una moral o por otra. A esta propuesta podemos llamarla propuesta ética. Y he aquí a lo que quería llegar desde el principio. No necesitamos que venga este filósofo francés a recordarnos que estamos optando siempre, y que en cada opción nos puede ir la vida. Lo sabemos todos. La ética carece entonces de sentido, en tanto que ética, en tanto disciplina que intenta ocupar un lugar que no le corresponde. Y si no es necesario recordar lo antes dicho, para ello está la ontología, que no hace otra cosa que describir el modo de ser del hombre caído en el mundo. Por esto mismo, cuando a Heidegger le preguntaron que cuándo escribiría una ética, contestó que no hacía falta. Sabemos que la palabra griega *ethos* puede significar costumbre (moral), carácter y estancia. Y es en este último sentido que cabría pensar, en la medida en que como entes privilegiados, pero caídos en un mundo, estamos ya de antemano en nuestro lugar propio, en nuestro estar, en nuestro estar siendo en un mundo regido por normas y situaciones, sin que ello prive el imperativo del optar.

Algunas palabras he de decir sobre Habermas y a Apel. El primero propone una ética dialógica, pero endeble en la medida en que no tenía en cuenta la intencionalidad. El segundo expone cómo los hombres tienen que ponerse de acuerdo en primer lugar en la necesidad de la conservación del ambiente, de nuestro mundo. A esto se le ha dado el nombre de Bioética. Pero como ésta no se basta a sí misma, requiere del apoyo de otras disciplinas que la apoyen. La primera pregunta que me viene a la mente es la siguiente: ¿cómo hacer para que un número definido de especialistas se ponga de acuerdo cuando sus lenguajes son tan diferentes? La respuesta: organizando grupo o comités de discusión que tengan en claro el objetivo de llegar a una solución consensada. Esto supone, al parecer, y he aquí otra duda, que no se tiene de antemano una idea moral fija, sino que se creará en el momento, por supuesto apuntando al bienestar de los implicados. Por otro lado, supone posmodernamente que ya no hay explicaciones totalizantes. El punto es este: ¿En un país como el nuestro hace falta un comité como ese, si tenemos asumido, por lo menos en la mayoría de los casos, un comité organizado con años y años de experiencia: la religión cristiana, en su versión católica?

Balance autocrítico

En pocas palabras puedo concluir, desde mi experiencia personal, lo hasta ahora dicho. Cuando comencé mis estudios de filosofía, tenía en claro que me importaba entender al hombre, por lo que fijé mi atención en la ética, asumiendo que era ella la que me daría luces al respecto, puesto que ella consideraba al ser humano en relación. Sin embargo, con el pasar de los años mi gusto por dicha disciplina declinó por dos razones, sobre todo. La primera, teniendo en cuenta que la ética puede ser una propuesta de comportamiento, su obligatoriedad quedaría limitada e incapaz de hacer mella en las conciencias; es decir, si propone y obliga, es moral y si es moral, es religión. Toda coerción ético-moral necesita de Dios. La ética se desvirtúa a sí misma en la medida en la que propone-obliga sin fuerza alguna. Esto propicia que la ética se vuelva una disciplina meramente descriptiva del comportamiento. La segunda razón tiene que ver con la ontología. Ésta disciplina filosófica intenta describir la actividad de ese ente privilegiado, el hombre, en su mundo. Si la ontología hace esto y descubre que entre todos el mundo y su moral se configuran, la ética en tanto descripción, ya no tiene cabida, tampoco. Los alcances y límites de la ética son mis alcances y límites.

Por otro lado, cuando se habla de verdad consensada, se habla, según se dice, de una tesis posmoderna. Por mi parte no estaría tan seguro de darles esta verdad a los posmodernos. En primer lugar, porque ¿qué es el cristianismo sino el consenso, no ya de los que ahora pisoteamos el mundo, sino de los que lo han pisoteado? En la medida en que la tradición es eso, el consenso de una verdad. Dejo esto diciendo simplemente que esta idea me la proponen san Agustín en *De la utilidad de creery* G. K. Chesterton en *Ortodoxia*.

Bibliografía

- F. Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia* ((Trad. Eduardo Knorr), Edaf, Madrid, 2003).
- F. Nietzsche, *Genealogía de la moral* ((Trad. Andrés Sánchez Pascual), Alianza, Madrid, 2002).

J. Nuño, *Los mitos filosóficos. Exposición atemporal de la filosofía* (FCA, México, 1985)

J.-P. Sartre, *El existencialismo es un humanismo* ((Trad. Manuel Lamana), Losada, Buenos Aires, 2002).

Karl Marx, *Manuscritos de economía y Filosofía* ((Trad. Francisco Rubio Llorente), Alianza, Madrid, 2001).

L. Wittgenstein, *Conferencia sobre ética* ((Trad. Fina Birulés), Paidós, Barcelona, 1997).

R. Girard, *Veo caer a satán como el relámpago* (Anagrama, Barcelona, 2002).

S. Freud, *El malestar en la cultura* ((Trad. Ramón Rey Ardid), Alianza, Alianza, 2003).